



Giacconi: Volver al camino.

Nueva York... ...en los talones

Prólogo al libro "La Difícil Juventud" de Claudio Giacconi



Jorge Edwards

Crónica de un colapso

El año 2004, Claudio Giacconi quiso volver al camino de *La Difícil Juventud*. Pablo Arévalo, un narrador amigo suyo, descubrió en un departamento caótico la mitad de calle Rosal, junto al centro Santa Lucía. Claudio lo invitó y aceptó, tras el dominio que compartió entre sus hermanos, en la calle Alonso de Ercilla de Los Dominicos, por más de trece años. Ya instalado en su nuevo hogar, me llamó por teléfono:

—¿Cómo estás? Soy yo, Giacconi —me dijo—. Estoy en esta Rosal, voy a otra forma.

—En 20 minutos estaré allí —respondí.

Lomé un taxi. Ya en el lugar, Claudio abrió la puerta y vi paredes de mármol, un megalófono, cuadros de paratiempos por el suelo y un colchón a un costado del living. Le pregunté: "¿Se pone que tuviera no sé qué regalo?". Y contestó: "Por ahora me estoy quedando donde Carlos Contreras".

Tenía varios objetos en mente: quería montar un taller que ya había escrito, renovar la escritura de su novela *El yacaré*, por fin, un final. Por eso, días ya sobre el libro de cuentos *La difícil juventud* cumplía medio siglo de vida. Ser plantas y el nuevo comienzo de Rosal, le contaría a su mamá un caso de rebeldía adolescente.

Con Iván Quiroga, también escritor, decidimos hacer la compañía de prensa para celebrar los 50 años de su *Difícil juventud*. Aparecieron artículos y entrevistas en diversos medios e intentos, además de fotografías donde se veía a Claudio en su departamento y a protosco-

pias de escritores. Su personalidad literaria se restableció.

Sin embargo, pasaron los meses y los libros perfectados no llegaban a tiempo. Giacconi empezó a ser devorado por una bocherosa parálisis adentro. Le trajo una mancha blanca y a menudo recibía visitas. Las conversaciones eran limitadas por el silencio y la ceguera. Llegó un instante en que ya no se le estaba de la cama, desahucando sus comidas y trabajos. Pero cuando los libros de los escritores, de Thomas Hardy, o de otra cosa que lo atraía, o cuando ya estaba de mentes de toda la vida. Cuando lo llevaban a ver, poníamos sillas alrededor de su cama y principiaba a libre pléctico. Su vida nos embriagaba. Allí vi a Mauricio Barrios, Iván Quiroga, Carlos Contreras, entre otras personas. Lo acompañaban también unos pocos libros y pasé los momentos de distinta época. La verdad es que escribía permanentemente, por aquellos días, una novela de corte erótico. Pero todas sus labores literarias fueron inconclusas.

La salud de Giacconi se resaca de la enfermedad. Se veía delgado y de un color cenizo. Pero sus amigos, no sé por qué, no lo olvidaron. Seguíamos visitándolo por sus múltiples preocupaciones y su última creación. Finalmente, el invierno del 2004 lo duraron. No se levantó más de la cama y era ostensible su falta de peso. Lo dejé de ver un mes y medio. Se supone que murió a Viena del Mar, donde era poeta, a temprana edad. Pero allí el alcohol corrió como Pedro por su casa. Corría, pero Giacconi se terminó de desmoronar físicamente. Sus defensas estaban tan bajas, producto de la enfermedad, que contrajo micosis osi-

Gracias al poeta, Gonzalo Contreras escribió, quizá posiblemente su traslado a Santiago y el oportuno ingreso al Hospital San José y luego al Centro Cerebral.

Cuando lo fui a ver al San José, encontramos sobre el monumento de un enfermo del corazón el siglo XIX. Allí estaba quien quiso vivir como Thomas Wolfe, haciendo de la noche un día, y viajando sin parar por el mundo. Y, por supuesto, con el proyecto de una novela monumental.

Pasó varios meses en recuperación, hasta que lo dieron de alta. Entonces regresó a la casa de su familia en Los Dominicos y al poco tiempo partió a una casa de repaso, con lo que comenzó una larga convalecencia. En el año 2005 vivió en la comuna de Lo Barnechea y vivió varios libros y desafíos, a los 75 años de edad.

Habla, memoria.

Mi primer recuerdo como Claudio Giacconi, fue un hecho particularmente de garra. Cuando tenía seis años y me acostumbraba a las de Dios, me preguntaba si de verdad existía. Pensé que la mejor manera de comprobarlo era decirle un insulto: "Si me castiga, quiere decir que existe", concluí. Me jactaba en el dicho popular: "Dios castiga, pero no a palos". Entonces exclamé: "¡Dios es torpe!". Yo estaba encamado en una pila de sacos de trigo, a cuatro metros del suelo, y oí que me tendió un palo de hierro que me tomaba por el cuello de la camisa y me llevaba al suelo. La intención de Dios se me probó en el hecho de que no quedara paralizado. Ese fue el bautismo de fe.

Posteriormente mi infancia fue triste. En los últimos años de vida de mi padre, sufríamos un buen pasar económico y yo era un niño muy querido. Hacíamos pasteos campestres en su auto de aquella época, el año 1955. El mundo cuando yo tenía 10 años, un caso que registré en el cuento: Acá no ha pasado nada.

El tiempo del colegio fue religioso. En un colegio de una época en donde nos obligaban a ir a misa todas las semanas a oír por el mundo el Franco, de manera que nos cubran cierto grado de fe. En los momentos de la misa, cuando se rezaba, yo me acordaba de mi mamá.

Nueva York... en los talones [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2007

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nueva York... en los talones [artículo] Jorge Edwards.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile